

unas hondísimas hoyas ó cuevas y henchíanlas de muchas cosas de comer y grandes tinajas de vino, y á los pies enterraban aquellas mujeres que más lo quisieron.

En otras partes desollaban los muertos y henchíanlos de ceniza, y poníanlos derechos en unos tablados altos y arrimados, y hacíanles el rostro de cera y poníanles en las manos unos dardos ó lanzas y en pie, de manera que ponían pavor á los que los miraban.

Esto es cuanto á lo que toca á los Indios.

Y pues hemos guardado hasta agora este orden que primero se han contado las cosas de los indios de Nueva España, agora será bien, guardando el orden, toquemos algo de las gentes del Perú, y veamos qué ceremonias y qué cosas se hacían en este propósito acerca dellos.

CAPITULO IX

De la manera que se tenía en el Perú de sepultar los Reyes y grandes señores, y de la otra gente común.

Cuando alguno de los Reyes Ingas del Perú, caía enfermo y estaba peligroso, estaba ordenado por ley real dende Pachacuti (que fué el más valeroso Rey que hubo en todas aquellas gentes) que fuese metido en los aposentos más secretos y apartados de todo el palacio real, de manera que no fuese visto sino de sus mujeres, hijos y muy privados, y los médicos que lo curaban, empero estos postreros desde que caía enfermo hasta que se levantaba ó moría, no salían de su aposento, y guardábase tan gran

secreto en lo tocante á la salud del Rey, que ninguno (fuera de los que allí entraban) sabia si empeoraba ó mejoraba, pero cuando no se esperaba de su salud, todos los medios humanos se buscaban para que nadie lo supiese de los de fuera.

Después que era muerto el Rey, la primera ceremonia que en este ministerio se hacia, era tener secreta su muerte por tiempo de un mes.

Entre tanto, el que habia de reinar avisaba á todas las provincias lo que habia, y principalmente á las que eran más inquietas, y que se tenia que se rebelarian si supiesen la muerte del Rey, y así encomendaba á los Visoroyes y gobernadores que las gobernaban tuviesen cuidado de proveer en todo, y que tuviesen cuenta como no se alborotasen los pueblos.

En este tiempo, porque el ánima del Rey, en tanto que enterraban el cuerpo, no padeciese algún trabajo, mataban algunas personas de las más familiares al Rey, así como sus mujeres y otros privados, pero esto no se hacia por fuerza, sino los que de su voluntad se ahorcaban para ir á servir al Rey, ó los que á veces pedian que los matasen, porque no faltase quien sirviese al Rey en la otra vida.

Para que estuviese el cuerpo hermoso y bien

aderezado, lavábanlo muy bien y vestíanle las más ricas mantas ó ropas que tenia y preciaba, y cargábanle de joyas preciosísimas de inestimable valor, lo cual todo con las mujeres y los demás que morian se enterraban con él juntamente.

Cuando ya constaba al que habia de reinar, cómo todas las provincias estaban seguras, y que estarian siempre á su voluntad y obediencia cuando reinase.

Llegado el mes, comenzaban luego á dar muestras de la muerte del Rey, á lo menos que estaba ya en lo último de sus dias.

Y así, tres dias antes que del todo se dijese y publicase que era muerto á la clara, comenzaban á llorar y plañir, y representar una tibia tristeza, los hijos y mujer y allegados, y los demás que eran tenidos por de la casa real.

Luego el segundo dia hacian un poco de más llanto, porque significaban que estaba más peligroso y que no habia que esperar de su salud; al tercero alzaban mayores alaridos y decian que ya era muerto.

Entonces sacaban las andas muy ricamente aderezadas, en las cuales solia él andar, que comunmente eran de oro, y poníanlo á él con su trono en un cadalso alto, adonde pudiese se

visto de todos, y entonces el pueblo y los que les tocaba algo, lloraban en común y públicamente.

Estos lloros hacíanse con instrumentos musicales, los cuales estaban templados de manera que representaban tristeza y dolor, y al son dellos cantaban endechas y cantos tristes y lamentables.

Habia entre aquella gente mujeres escogidas y grandes maestras que lloraban por precio los muertos, y el pueblo estaba atento á esto con gran admiración.

Estas, á su estilo, cantaban las proezas que hizo el Rey, y sus virtudes, y lo que perdía la tierra en perder tal señor.

Hallábanse así mesmo todos los grandes señores del reino y personas de cuenta, los cuales por sí hacían otro lloro muy solemne por el muerto, y ayunaban dos días sin comer, y si comían era cosa muy poca, y al tercero día comían y bebían de manera que cobraban lo perdido.

Hacíase un pregón público, por el cual se mandaba que cualquiera que quisiese ir á servir al Rey en la otra vida que lo dijese, y para ello tuviese libertad, y luego se escribían, y señalaban los que tenían deseo de morir, y po-

níanse á una parte, y allí había sogas y horcas y otros instrumentos con que acababan la vida presto.

Y algunos que tenían buenos deseos (pero eran tímidos y flacos) rogaban á sus amigos que los ahorcasen, y ellos por no faltar á la amistad en aquella hora, los ahorcaban ó los daban con ciertas mazas, de manera que no había para qué rogarles otra vez que los matasen.

Decían que no convenía matar á nadie contra su voluntad en tan gran negocio, porque si iban contra su voluntad, nunca servirían bien y se volverían, de lo cual yo les asegurara por pocos dineros.

Estos lloros y obsequias no duraban un mes, ó quince días, mas medio año y ocho meses, y á veces duraban un año entero.

En todo este tiempo daban de comer á cuantos iban y venían á celebrar estas obsequias, y en esto no miraban que fuesen pocos ó muchos, porque era grande la liberalidad que tenían.

El luto de que usaban con sus muertos era de color pardo, y este era común á hombres y mujeres.

En todo este tiempo no era permitido traer ornamento ni señal de alegría, como axorcas, collares, manillas ni arracadas.

Ni los caballeros Orejones no usaban del hábito de caballería en todo este tiempo.

Esto que se hacia en las honras y mortuorios de los Reyes del Perú, no era común á todos los demás señores, aunque cada uno en su provincia era llorado con muchas ceremonias y así en los mortuorios comunes, cada provincia usaba de más ó menos cosas; porque en cuanto á esto Pachacuti Inga, que reformó todo su reino, no habló, sino dejó á cada pueblo llorar sus muertos, como lo tenían por costumbre, y así era comun el guardar el cuerpo muerto un mes sin enterrarlo, y en lo tocante á dar de comer á todos los que venian, también se guardaba, como en las honras de los Reyes Ingas.

Acostumbraban con la gente común que vienesen los amigos y parientes á enterrar el muerto, y cada uno traía de lo que podía; unos traían carneros y otros maíz, otros vino, y así cada uno llevaba de comer para sí y para otros.

Esto todo lo ponian en presencia del difunto, que estaba puesto en lo más público de la casa, y allí lloraban hasta que más no podían y si acaso venian vivas las carnes que se ofrecían, sacábanles los corazones y poníanlos en alto en unas grandes varas.

Después que ya habian llorado cuatro días, ó cinco, ó más, si la persona era más principal, tomaban el cuerpo y llevábanlo al campo adonde tenían comunmente sus sepulturas.

Cuando iba, digamos la procesión, llevaban como pendones en alto las insignias y armas ó instrumentos de que vivian, é iban tristes y llorosos, que no parecía sino que á cada uno se le habia muerto su padre ó madre ó hijo ó la cosa más querida desta vida.

Después de sepultado dábase una comida de aquello que habian traido, y de lo que los de la casa del muerto tenían aparejado; era común la comida así á ricos como á pobres; todo el pueblo venia allí y se le daba igualmente lo que habia menester.

Si era gran señor el que moría, siempre en aquel convite se ponía un servicio y quedaba vacío el lugar adonde solía sentarse el muerto, y ponian allí todos los platos que se daban á los que comian.

Y entre plato y plato, ó después que estaban hartos, hacian una parada y lloraban, y después volvian otra vez á comer.

En otras partes, por vía de aniversario, cada luna nueva encendian por los difuntos unas grandes hogueras, y allí echaban á quemar el

pan y carne y vino y otras cosas de comer, por mesmo orden que se las servian cuando era vivo; y esto hacian porque estaban persuadidos que representaba el fuego el ánima del difunto y que por eso le daban de comer, porque aquellas llamas subian la comida adonde estaba el alma; lo demás que sobraba allí, no lo comia quien quería, mas solos aquellos que si él viviera comieran de lo que él dejara; y así no lo comía otro sino las mujeres y las más familiares de la casa real.

Esto es, pues, lo que he podido hallar acerca de los mortuorios de todas estas naciones, y creo que no he de cansar al lector aunque he ido prolijo; pero esto yo lo hago como he dicho otras veces, por satisfacer á los hambrientos de saber enteramente lo que es bien que no se ignore, y así he medido los gustos de los otros conforme al mío.

CAPITULO X

De la manera de hacer guerra los indios de la Nueva España, qué armas tenían, por qué se levantaban las guerras, qué privilegios tenían los que seguian las armas con otras cosas muy curiosas al propósito.

Los indios de la Nueva España comunmente fueron pacíficos y poco guerreros, y nunca tuvieron plazas señaladas adonde estuviese la gente de guerra, ni los reyes tenían gente de sueldo en sus reinos.

Es verdad que tenían guerras algunas veces con los comarcanos.

Y reyes habia tan inclinados á las armas

que nunca las dejaban de á cuestras, así como Montezuma que de su natural fué guerrero.

Con todo eso en fin tenían guerras y enemistades con los señores, vecinos y comarcanos; principalmente los de la isla Española, que es lo que hoy decimos Santo Domingo, peleaban sobre niñerías, así como sobre casamientos, porque si el señor ó rey de una provincia prometía de casar su hijo con uno y después la daba á otro recibiendo algunos donecillos, como eran gargantillas de piedras baladís ó de huesos, que ellos preciaban y tenían en mucho, luego movian guerra.

También se hacía guerra porque pescaban y cazaban en los ríos ó montes de los otros términos ajenos, pero no eran crueles, ni bravas, ni duraban mucho.

Cuando querien hacer guerra, no hacian gente escogida ni que supiese de armas, ni ejercitada en batallas, mas todos á una defendian la tierra y se vengaban, y estos eran los labradores, porque en esto seguian la regla del filósofo que da en la Política (Lib. 6, c. 4) y Económica (Lib. 1, c. 2), diciendo que los labradores de los campos son más fuertes para las armas, porque como continuamente trabajan, son más fuertes para los trabajos de la guerra.

Sus armas eran arcos y flechas, y unas varas, que son como dardos, con unos gavilanes de espinas ó huesos de pescados.

Untaban las flechas con cierta leche de una fruta que llaman Gabao, que es como ponzoña, y así el que iba herido con la tal flecha, moría luego ó á lo menos era incurable la llaga.

En algunas partes se usaban unos petos hechos de algodón, que eran muy fuertes, y también tenían armas para la cabeza, y usaban de ciertas rodelas y otras cosas con que parecian bien, como luego se verá.

Tenia cada uno sus armas en su casa, porque cada cual defendía á sí y á su familia.

El modo que se tenía en tirar sus dardos ó lancillas, era éste:

Tenían una tiradera de palo bien hecha y sutil, de largo de cuatro palmos, y al cabo tenía un pequeño pie con con una muesca adonde asentaba la vara hecha como dardo, y en la empuñadura tenía hecha de algodón una como asa donde metian la muñeca del brazo, que servía de fiador, para que no se les cayese.

Entonces ponian la vara en la muesca ó pie de la tiradera, y por la empuñadura cogian con los dos dedos el dardo, y con mucha industria y maña tiraban el dardo con ma-

por furia que si lo aventara una recia ballesta.

Esta era la arma más brava y que más mal hacía en las islas y en lo demás de las Indias.

Peleaban también las mujeres de los indios cuando habia necesidad, y principalmente cuando los enemigos estaban riberas de los ríos, podian ellas mucho, porque eran nadadoras y metíanse en el agua y tiraban sus arcos y después chapuzábanse y quedaban seguras de sus contrarios.

Eran los que seguían las armas privilegiados y habidos por gente de más autoridad; esto se entiende de aquellos que se señalaban más en la guerra, porque los tales traían ciertas mantas de algodón, pintadas con pincel, de diversos colores y con varias pinturas y figuras de águilas, tigres y leones y otros animales feroces, como por señal de su valentía y esfuerzo.

También se mostraban ser aventajados en ciertas bragas que usaban para honestidad, las cuales eran como unos almaizales moriscos, y también eran muy pintados.

En esto se diferenciaban, y cualquiera que los veía con aquel traje, entendía que era persona de nombre y cuenta en las cosas de la guerra.

Tenian también otro privilegio si hacian en la guerra alguna famosa hazaña contra la provincia de sus enemigos.

Podian hacer la casa de la manera que la labran sus enemigos, porque con aquella novedad de edificio todos supiesen que alguno de aquella nación habia sido vencido ó muerto por las manos del dueño de aquella casa, y otro ninguno se atrevía á hacerla, so pena de que fuera por todos juzgado por traidor y enemigo.

Teníase por más honra prender al enemigo y hacerlo cautivo ó esclavo, que no matarlo, y el que los traía delante del rey ó capitán, era digno de mucha honra.

Teníase cuenta que los caballeros é hijos de grandes señores, no pudiesen traer plumajes ni vestiduras ricas, ni ponerse collares, ni joyas de oro hasta haber hecho alguna obra notable y demostradora de valentía, así como prender al enemigo ó matarlo; por lo cual muchos se ponian en cualquier peligro por alcanzar aquel premio que traía cierta gloria, pero después que habia hecho alguna cosa destas, podia usar de cualquier género de ornamentos, así como de plumajes, collares de oro, y otras joyas, mantas labradas y pintadas.

Podían ponerse en la cabeza una corona de plumajes tejida en correa colorada, que fuese de cuero de tigre, que era cosa muy honrosa, y el traerla denotaba valentía y esfuerzo.

El que prendía algún Rey, ó príncipe, y gran señor, era remunerado con premios doblados.

La causa de mover guerra los mejicanos, principalmente después que reinó Montezuma, fué por ensanchar su reino, y para que la religión que él tenía introducida fuese recibida de todos los otros reyes y señores comarcanos, porque honraba tanto sus dioses, que no se contentaba con adorarlos él, mas aún quería que todo el mundo hiciese lo mismo, y así enviaba á rogarlo primero, mas cuando despreciaban su ruego, luego les hacia guerra.

Nunca se movia guerra sin dar parte al pueblo, y sin gran consejo y parecer de los ancianos y viejos caballeros que se habian ejercitado en las armas muchos tiempos, y á estos consejos eran llamados los hombres y mujeres de gran edad, como personas que habian oido y visto muchas cosas en los tiempos pasados, para que les dijesen que habia sido la causa de las guerras pasadas, cómo habian vencido, y por qué habian sido vencidos.

Cuando entraban en el campo, pintábanse todos de negro y colorado, y poníanse unos bonetes de algodón vellosos, porque así pareciesen feos y fieros y espantables.

Tenían allende de las armas que dije, hondas, varas tostadas y lanzas largas, con las puntas tostadas.

También tenían espadas de palo puestos los cortes de unas piedras agudas de que ellos hacen navajas, que son negras y cortan agudamente, y tanta fuerza tienen estas espadas que bastan á hendir la cabeza á un hombre, aunque no cortan de tajo tanto.

Poníanse brazaletes y grevas y cascos, todo de madera, y muchos de ellos iban muy pintados y dorados y plateados, y también hacían corazas como los nuestros antiguos españoles, hechas de cueros gruesísimos de venados; vestíanse también corazas de algodón muy fuertes; hacían broqueles y rodela de paja ó de varitas delgadas de caña, cubiertas de cuero pintado y de pluma, y muchas eran de hoja de oro y de plata, todas muy hermosas y galanas; con las cuales se defendían de las armas de sus enemigos, aunque para las nuestras no eran de algún momento.

Tenían costumbre, primero que moviesen

guerra, enviar mensajeros á los agraviadores para que satisficiesen á la injuria que habian hecho, ó que restituyesen lo que habian tomado, y donde no desafiábanlos con la guerra.

Entonces los que se sentian culpados y no querian guerra deshacian el agravio y juntaban muchas plumas, mantas, oro, plata y otras riquezas que ellos tenian por grandes, y hacian su embajada y con toda humildad satisfacian la parte, y hecho esto quedaban amigos, empero si los que habian ofendido negaban la ofensa y decian que no habian hecho ningún agravio á nadie, y que no tenian para qué satisfacer, luego se aparejaban para la guerra y salian al campo á pelear y allí esperaban, y esta era la satisfacción que hacian.

Los que salian vencedores en la batalla todos los que prendian quedaban por esclavos, y des-
tos eran los que en sus fiestas sacrificaban á sus dioses.

Y las tierras que quedaban sujetas, quedaban por tributarias, y no hacian mal á los que en los pueblos vivian.

Quando se juntaban los campos de los enemigos, no era en un lugar hallado acaso, ó donde se encontraban, mas era señalado para aquello particularmente: y tomaban del térmi-

no de los dos enemigos un buen espacio, y allí se daba la batalla.

Llegados los dos ejércitos al puesto, luego el capitán general de cada ejército hacía la señal con un gran caracol, que suena á manera de corneta, aunque en esto de instrumentos músicos habia diferencia, porque unos capitanes usaban de caracoles, otros de atabales pequeños y otros de huesos de diversos animales ó de pescados, de manera que con ellos se hacía la señal á comenzar á pelear y á retirar.

Quando se juntaban los dos campos, acometian con gran alarido y voces, y usaban de sus ardides y engaños militares, cada uno hacia lo que podia, no tenian cuenta con matar los enemigos, mas con cautivarlos.

Jamás daban libertad al que una vez prendian, ni querian recibir rescate, aunque fuese persona principal y el rescate fuese mucho.

Otras muchas cosas tenian en la guerra notables y dignas de ser sabidas, mas yo no quiero ponerlas aquí por respeto de que haria mayor la historia de lo que pretendo.

Montezuma, como fuese dado á las armas, holgaba de tener continuamente guerra, y así nunca queria vencer ni acabar á los enemigos, y por eso dejaban libres á los de la república de

Tlascalca, porque holgaba de tenerlos por enemigos vecinos y pelear con ellos, porque cierto según era su poder grande les pudiera haber solado mil veces, mas hacia esto con gran industria, porque sabia que si le faltaban enemigos fuera de su reino, nacerian otros dentro, y también porque la gente no teniendo guerra se harian afeminados y viciosos, según que él lo respondió á nuestros españoles cuando le preguntaron que por qué siendo tan poderoso no habia sujetado aquella provincia tan vecina y perjudicial á su reino.

Cierto aquella fué respuesta de valeroso príncipe, porque esto mismo hemos visto en nuestra España, que mientras tuvimos los moros dentro de nuestras casas, nuestros pasados hicieron hazañas notables y valerosas; pero después que los echamos de nuestra tierra y fueron vencidos de los nuestros, quedaron los españoles tan acobardados que han faltado del nombre antiguo.

Testigo sea la guerra de Granada que vimos en nuestros dias cuando se alteraron los moros de aquel reino.

Así Scipion Nafica, conociendo quanto importaba tener á Cartago por competidora para que los romanos fuesen siempre valerosos y sin me-

nos vicios, dijo en el Senado que no era de parecer que Cartago fuese destruida, y dió la mesma razón que Montezuma, Rey bárbaro, como parece por Tito Livio, San Agustín y Paulo Orosio.